

“Tú...yo...nosotros...¿nos conocemos?”. Es lo que le dije a una melena de color azabache aquella noche un 24 de diciembre. Era Navidad, las calles estaban iluminadas por pequeños farolillos que creaban grandes constelaciones de destellos, los villancicos se habían convertido en la banda sonora de nuestro día a día, y la ilusión parecía ser el propulsor que hacía de nosotros algo más que simples cuerpos vagando por el mundo. No sé si fueron los cuentos con los que nos empaparon durante nuestra infancia ; no sé si fue aquello que afloraba en cada uno, aquello que se podía respirar en el ambiente que nos hacía plantearnos la vida de una manera distinta ; no lo sé, pero aquella noche el mundo parecía ser algo más bonito de lo que fue el día anterior.

Quizás fueron un cúmulo de circunstancias las que me llevaron a ser ese tipo de persona entonces , a sentir de esa manera, a saltar al abismo sin preocuparme qué sería lo que me esperaba ahí abajo. Nunca he sido un chico que fluyera más de lo que pensara, alguien que se dejara llevar por una simple mirada, pero aquel instante lo fui. Llevaba dos horas , cuarenta y siete minutos, y trece segundos allí cuando decidí acercarme a aquella chica en la otra punta del bar. Las palabras saltaron de mi boca con torpeza, pero decididas a caer al vacío cuando toqué su hombro derecho. La chica se giró con delicadeza, y en un período de tiempo que pareció ser una eternidad congelada en un pequeño instante. Mis pensamientos se entrevesaron entre sí formando una espiral de inseguridades que parecía no tener final, porque aquello no era propio de mí, porque no controlaba la situación, y no hay peor colmo para un perfeccionista que no saber qué sería aquello que pasaría a continuación.

Su pelo era sedoso, y caía sobre sus hombros de forma despreocupada, sin orden alguno. Miré su rostro fijamente, y me topé con una expresión curiosa que albergaba dos cejas arqueadas que buscaban respuestas a mi osadía. Fue en ese instante cuando pensé en huir, pensé en todos aquellos momentos donde había hecho el ridículo, y como este se sumaría a mi lista interminable; pensé que quizás yo no

era suficiente, quizás nunca lo hubiera sido, quizás tomaba señales que la vida no me había mandado; puede que fuera demasiado impulsivo, que yo no fuera una persona que fuera lo suficiente valiente como para dejar su orgullo al lado ante alguien que todavía no conocía; tal vez ella estuviera acostumbrada a que le dedicaran canciones, y yo acababa de darme cuenta de que no sabía cantar. Me imaginé volviendo a mi casa cabizbajo, y sintiéndome desdichado pensando que este mundo no estaba hecho para mí, pero entonces una sonrisa de medio lado se formó en sus labios.

Con ese simple gesto su expresión cambió, pasó a ser más relajada, menos exigente y algo más familiar. Supongo que mi rostro cambió a su vez, puesto que a lo mejor sentir no fuera ningún delito, porque el amor no podía ser algo mediocre, porque dos personas no se topaban por accidente. Su nariz rosada se ensanchó junto con su sonrisa. Tenía una nariz fina que le daba carácter a sus facciones, que le hacía ser más humana. Nos imaginé a ella y a mí riendo, mirando las estrellas, descubriendo planetas nunca antes conocidos, dando un paseo de la mano juntos por el paso del tiempo, y siendo algo más que dos desconocidos en una noche de Navidad. Estaba en calma viendo nuestro futuro incierto pasar por delante de mis ojos, añoraba aquello que todavía no habíamos compartido, y pensé en la mágica que suponía coincidir.

Tenía una peca en el medio del labio, una en la nariz y otra en la mejilla. Estaba contemplándolas cuando todo lo anterior estalló para dar lugar al caos cuando me topé con una mirada marrón. Mi conciencia estaba mareada, mi memoria no conseguía retener todo aquello que albergaba, mi corazón comenzó a brincar con efusividad, y yo sentía que no había suficiente oxígeno en aquella sala, no lo había en todo el mundo. Aquella mirada gritaba pasado, presente y futuro. Guardaba más secretos de los que yo nunca pudiera imaginar; conservaba las experiencias de toda una vida: su infancia, su adolescencia, aquello a lo que ella llamaba familia y hogar, sueños rotos olvidados en un rincón lleno de polvo, personas que en algún momento pudieron ser importantes para la trama de su historia. Las luces del lugar se reflejaban en sus ojos, y hacían que estos brillaran.

Fue entonces cuando lo tuve claro, cuando supe que todo lo que antes había vivido me había llevado a ese mismo instante.

- No , pero me encantaría hacerlo. – dijo tirándonos a ambos al vacío.